

# Política económica y política general

Varias causas han contribuido a invertir la corriente anti-intervencionista que dominó en el mundo durante todo el siglo pasado y más concretamente hasta 1914. La más importante sin duda, mas no la única, ha sido la guerra. La Economía de guerra es una economía de intervención; es la economía de Esparta frente a la de Atenas, aunque fuera Atenas la que venciera al final también en la guerra. Pero la guerra ha obrado más bien como determinante en un terreno preparado por causas de más remoto origen. Siempre ha habido guerras y, no obstante, la liberalización de la economía hizo grandes progresos en el siglo anterior, sobre todo en teoría, pero bastante también en la práctica política.

Lo que ha preparado el terreno para el intervencionismo de la época presente ha sido la crítica que, desde distintos puntos de vista: el de la izquierda, el de la derecha y el del centro, se ha hecho al capitalismo, acusándole sobre todo de no haber sabido realizar la justicia y el orden social que se esperaba de un régimen de libertad, el cual se vino a indentificar, acertadamente o no, con el liberalismo económico, sin más razón que la de que ambos: capitalismo y liberalismo, se habían desarrollado coetáneamente. Se acusa al liberalismo sobre todo de que su efecto no fué más que cambiar la forma de esclavitud, haciendo en algunos casos más despiadada la explotación del hombre por el hombre, merced a las crisis de paro, cada vez más agudizadas, que dejaban en la miseria y en el desamparo a masas humanas que de este modo eran más fácilmente explotadas mediante jornales de hambre, en medio de una sociedad que se llamaba cristiana. Esa crítica ha minado lentamente la fe de los hombres en la justicia de un régimen de libertad.

La guerra precipitó el cambio de curso de una corriente en que se notaban hacía tiempo síntomas de resaca. Puede asegurarse que sin la guerra se hubiese retardado bastante este proceso de inversión, pues aun después de la primera gran guerra, las naciones trataron, por rutina quizás más que por otra cosa, de volver al *statu quo ante bello*, sin conseguirlo más que muy limitadamente, porque la mentalidad de las gentes había cambiado y la mayor influencia adquirida por las clases populares en el gobierno de los pueblos se ejerció—cosa que hubiera parecido increíble a un político del siglo pasado cuando lo democrático era la libertad—en imponer limitaciones y en impedir, unas veces directamente y otras indirectamente, que se volviera al régimen relativamente liberal de anteguerra. El último conflicto bélico ha acentuado el proceso con el acceso al poder de los partidos socialistas y con la extensión que en ciertos sectores intelectuales han ganado las teorías de dirigismo y planificación.

Un tercer factor político está influyendo decisivamente en la evolución: el afán de poder. Esa innata inclinación que existe en todo lo que vive

a crecer y reproducirse, se refleja como en ninguna otra parte en la tendencia del poder político a extenderse y multiplicar su radio de acción a expensas de sus fuerzas antagonistas. La burocracia especialmente, en que reside hoy en buena parte ese poder, ha visto en esta nueva orientación de la Economía un venero fácilmente explotable para acrecer su extensión e intensificar su influencia social.

Este concurso de circunstancias explican a mi juicio plenamente el desarrollo que van alcanzando todas las formas de Economía dirigida, desde la comunista a la rusa hasta la laborista a la inglesa y la roosveltiana de la Nira, un poco de circunstancias. Pero esta orientación—aparte de su éxito económico hasta ahora bastante dudoso—tendrá dentro de la política grande ciertas consecuencias que me parece interesante señalar, porque su influencia histórica puede ser importante.

La principal de ellas es el mayor desgaste que van a tener los gobiernos. El fenómeno es bastante conocido: el ejercicio del Poder causa una disminución de prestigio de los gobernantes, lo mismo grandes que pequeños, que determina su renovación al cabo de algún tiempo. Si esto ocurría ya cuando la tendencia era limitar las funciones gubernamentales a un cierto mínimo imprescindible, se comprende que el desgaste ha de resultar mucho más rápido cuando la gobernación incluye sectores de actividad tan esenciales para el bienestar como lo que afecta a la subsistencia y a la satisfacción de las necesidades inmediatas de los ciudadanos. El hecho se puede observar en los tiempos actuales en la propia Inglaterra, país caracterizado por la gran estabilidad habitual de sus gobiernos: las restricciones en los abastos y su política económica general es lo que está causando mayor desgaste en el gabinete laborista.

De aquí se infiere que en el futuro inmediato vamos a asistir a una mayor inestabilidad gubernamental, a cambios de gobierno más frecuentes, aun en pueblos poco dados a ellos, so pena de sustraer a los gobiernos a los cambios de humor de la opinión pública, al vaivén del electorado influido, por medidas que rozan tan directamente sus intereses vitales. El dilema es éste: inestabilidad gubernamental o gobiernos menos democráticos. A menos que el fracaso de la política intervencionista condujera a una rectificación fundamental en este orden. Lo que no es probable en bastante tiempo.

GERMÁN BERNÁCER